

MELLA Y LOS TRES TERCIOS

Por Vicente MARRERO

Con motivo de celebrarse hoy la tercera conferencia del gran ciclo organizado por la Asociación de Amigos de Vázquez de Mella, el conferenciante, don Vicente Marrero, nos envía el siguiente trabajo, como contribución al homenaje al gran tribuno:

Recientemente Montherlant, en su obra «El Cardenal de España», dedicada a Cisneros, ha dividido la vida de todo mortal como la del toro bravo en nuestros ruedos: en tres tercios. El primer tercio, el del toro «levantado», que, entero, mantiene enhiesta la cabeza y no duda de nada. Un segundo tercio, el del toro «parado», que ha recibido la suerte de varas y ha sangrado ya su furia. Finalmente, un tercer y último tercio, el del toro «aplomado», que, aturcido por las picas, las banderillas y por los quiebros de la lidia, termina bajando el testuz y se prepara a recibir la estocada definitiva.

Un nuevo Montherlant que al insistir en el hombre que reproduce la vida del toro ve el gran sentido del misterio taurino, no remontándose a la mitología mistrahica, como hizo hace treinta años en su obra «Los bestiarios», sino permaneciendo en un plano más humano, pues en todo hombre, y de un modo más especial en las grandes figuras de la Historia, vemos algo similar a estos tres tercios de nuestro mundo taurino.

Aprovechando este fácil símil, fácil porque lo específico de la vida animal facilita—aun en estos tiempos, en los que el hombre ha asumido a nuestros ojos una dignidad suprema—la comprensión de muchas cosas, podemos decir que en la vida de Mella hay tres periodos, tres tercios: uno, «levantado», que coincide con el que se ha calificado como su periodo fecundo, el comprendido entre 1894 y 1909; otro, «parado», de 1909 a 1919, y, finalmente, otro, «aplomado», desde el fin de la primera guerra mundial hasta su muerte, acaecida en la mañana desapacible y cruda del 26 de febrero de 1928. No hacía mucho que le habían amputado la pierna izquierda. «Menos mal que es la izquierda», exclamó Mella socarronamente o sacando fuerzas de fatigas.

En su periodo «levantado» Mella es el hombre de voz plena y flexible, de palabra caudalosa, de imaginación relampagueante y fresca. Desde muy joven había entrado en el Congreso por la puerta grande, como decía el periodista liberal Julio Burrell, situándose de un golpe al lado de las figuras más señeras del Parlamento de entonces y alcanzando rápido las cumbres de la popularidad. Es la imagen de Mella que todos hemos visto dibujada por los que le trataron de cerca; el hombre que transformaba, inclusive, su físico en el calor del discurso; el orador con cuello sudoroso y de un coraje muy del temple de su raza, y que no siempre se ha resaltado en toda su entrañable virilidad.

Entre estos primeros momentos de su vida pública y los últimos, en los que su figura, ennoblecida por los quebrantos físicos, había dejado de ser una fuerza política activa, perdiendo, incluso, su acta de diputado, aunque siguió siempre inspirando general respeto y hasta una especie de veneración compasiva; entre este Mella «aplomado» del final y el «levantado» del principio hay también un Mella «parado» que se enfrentaba con sus propios pensamientos y con su política, a veces vacilante. «La generación actual—decía hace ya muchos años don Severino Aznar—no conoce la elocuencia de Mella. Sus últimos discursos eran el canto del cisne. El águila tenía ya rotas las alas. Su cuerpo estaba enfermo y cansado, y su alma, desencantada y entristecida.» «Estoy cansado—decía—; ¿por qué me hacéis hablar?»

Estos tres periodos de Mella ofrecen un mismo y grande interés. Sería difícil preferir uno sobre los demás; aunque confieso que, por su fondo humano y por su plenitud, yo me inclinaria a elegir el último, el menos conocido, el que se ha querido evitar siempre en los pocos estudios que se le han dedicado.

Pero en sus tres momentos fue Mella la gran figura nacional y también la gran figura del tradicionalismo de su tiempo. De los tres aspectos, podríamos tal vez decir también tres tercios, que ofrece el carlismo: el carlismo como fenómeno bélico, el carlismo como doctrina y el carlismo como política, Mella destaca en el segundo, en el campo doctrinal, siendo su significación política mucho menos estimable.

El aspecto bélico del carlismo es sencillamente asombroso. Constituye uno de los fenómenos más extraordinarios de nuestra Historia del XIX, sin el cual ésta no se comprendería, pese al afán, que aún persiste entre los historiadores liberales, de querer minimizarlo. Es increíble que frente a un Gobierno de la España oficial, dueño de todos los resortes del Poder, con

fuerzas reclutadas en servicio obligatorio, con las arcas del erario en sus manos... haya luchado el carlismo en una guerra que duró siete años, y en otras tres después, con ejércitos que se formaron del modo más rudimentario, como eran los de Zumalacárregui o los de Cabrera, pero que estuvieron a un trecho de infligir la derrota total al liberalismo. Es preciso leer los «Escritos políticos», de una figura tan ecuaníme como la de Balmes, para darnos cuenta de que en aquella primera guerra toda España era carlista, pudiendo un soldado de Don Carlos cruzar impunemente el territorio nacional, protegido por una simpatía tan amplia como el solar patrio.

El aspecto político del carlismo es otra cosa. No han faltado quienes hacen extensivo su fallo, su falta de sentido operativo en la política, desde su actuación parlamentaria en 1870. Mella mismo nos ofrece un acopio de anécdotas en las que se nos muestra como excelente doctrinario y pésimo político. En realidad, poco podían hacer Mella y las figuras del carlismo en la política una vez que se cerraron el marco de su actuación bajo el régimen liberal. Pero aun fuera del régimen parlamentario Mella no era el tipo de político. Todos saben, por ejemplo, que Mella durante la primera guerra mundial, pese a haber defendido la neutralidad española, luchaba por inclinar la simpatía de la nación hacia Alemania. Fue entre nosotros el germanófilo más significado de su tiempo, por las causas que explica en su magistral discurso «Los tres dogmas nacionales». También es sabido que durante algún periodo su periódico, «El Correo Español», pasó por apuros financieros. Bien por una cosa o por la otra, el embajador alemán en Madrid, príncipe de Ratibor, creyó oportuno ofrecerle la ayuda económica de su Embajada. Pero Mella se mostró indignado, negándose en redondo a admitir ninguna clase de ayuda que pudiera suscitar la sospecha de que sus convicciones fueran interesadas. Pero tanto insistió el embajador que al final Mella, como recompensa a sus servicios, se vio obligado a pedirle un favor. Le pidió que le regalase un buen perro de raza, alemán. Y éste fue, posiblemente, uno de los pocos frutos intencionados, interesados, en fin, políticos, que obtuvo en su vida don Juan Vázquez de Mella: el haber recibido como recompensa material un magnífico perro, al que puso de nombre «Kiel»; un perro que también tiene su historia, porque más de una vez fue ovacionado en plena calle.

Sin embargo, el aspecto del carlismo en el que descolló Mella a gran altura fue el doctrinal. El perfil definitivamente la única escuela política típicamente española de rancio abolengo que hoy nos honra. Las publicaciones, tan estimables, de Jovellanos, Balmes, Donoso, De la Hoz, Aparisi, los Nocedal, Menéndez Pelayo... no llegaron propiamente a formar un cuerpo de doctrina política hasta Mella.

Cuenta un gran discípulo suyo, don Severino Aznar, que, estudiando en Lovaina, le preguntó un día su maestro, M. Potier: «¿Cómo usted, siendo tan sustancialmente demócrata-cristiano, es a la vez en su país tradicionalista?» «Está usted pensando en francés—le contestó sonriendo—. Se acuerda de Maurras y del legitimismo francés, y el tradicionalismo español es otra cosa.»

Pero hay que decirlo con toda claridad. Si a estas alturas el tradicionalismo español es otra cosa, fundamentalmente es obra de Mella, quien, con ayuda del pensamiento escolástico y del tradicionalismo español, nos liberó del romanticismo político, del positivismo de la época, del racionalismo maurrasiano, acertando en una fundamentación humana de la política y dentro del más sano concepto de un Estado de Derecho. Un sistema sin el cual no se explica Pradera, Aznar, Maeztu, Minguijón y muchas otras cosas.

Pero, ¿por qué hoy se insiste tan poco en las ideas de Mella? ¿Cuántos saben que Mella defendió la idea de un «sindicalismo integral»? ¿Cuántos conocen que en 1909 decía Mella a un corresponsal del «Heraldo» que «el carlismo ha sido, ante todo y sobre todo, una fuerza social», que «las muchedumbres carlistas—en caso de quedar sin Rey—pueden irse a su casa o a engrosar el socialismo»? ¿Cuántos conocen que Azorín en 1906, en pleno espíritu del 98, veía a Mella en nuestro Parlamento como «uno de los hombres de cultura más sólida y de más abierto y moderno criterio»?...

Quiera Dios que la conmemoración del centenario de su nacimiento, que tan brillantemente ha iniciado la Asociación de Amigos de Vázquez de Mella y que estamos laborando varios conferenciantes y articulistas, algunos, como yo, hasta con recursos, tauromáquicos, contribuya a difundir su doctrina como ella se merece y como exige esta hora española.